

PRÓLOGO

Me pide mi amiga y colega Paula Sprague un prólogo a su estudio y edición de la revista *El Europeo*. Accedo con mucho gusto a su ruego. Consciente de que su trabajo no necesita ningún aval, considero un privilegio que mis palabras acompañen a las suyas que anteceden a esta edición facsímil, por tantos motivos, necesaria. Por fin, investigadores, especialistas, estudiantes o simples curiosos tenemos la posibilidad de consultar de manera cómoda y completa la revista sin necesidad de desplazarnos a la biblioteca del Ateneo barcelonés, única entidad pública en la que se conservan todos los números de *El Europeo*.

Gracias a la profesora Sprague, suponemos que se acabarán las citas de segunda mano, algo bastante común entre los historiadores de la literatura romántica, ya que, hasta la fecha, sólo Luis Guarner, en 1953, ha editado, junto al índice de *El Europeo*, una selección de artículos en un volumen hoy fuera de circulación.¹ El facsímil ayudará, además, a corregir los errores con que algunos de los artículos más divulgados han sido reproducidos. De manera que estamos de enhorabuena. Una vez más, una joven hispanista extranjera desentierra un texto importante de la literatura española, lo pone de nuevo en circulación y le consagra un estudio.

Una muy documentada introducción, dividida en apartados —algunos, como el primero, de título sugerente «Propósito de enmienda»— trata de contextualizar la revista no sólo en el panorama histórico de la

¹ *El Europeo*. (Barcelona, 1823-1824), prólogo de Luis Guarner, Madrid: Instituto Miguel de Cervantes del Consejo Superior de Investigaciones Científicas, 1953, pp. ix-xxv.

época en que surgió, sino también en el de su recepción crítica, uno de los aspectos, en mi opinión, más interesantes de la aportación de Sprague. Considero un acierto su repaso a las diversas interpretaciones de *El Europeo* ofrecidas por los historiadores de la literatura española del romanticismo. De ahí que escriba:

La crítica ha encapsulado a *El Europeo* en contextos históricos y literarios en los que el análisis aplicado ha sido mediatizado por lenguajes y perspectivas construidas *a posteriori*. Este defecto de mediatización, en nuestra opinión, ha contribuido a exacerbar una visión insuficiente y parcial de su legado tanto referente a la publicación en sí como al contexto en que se produjo.²

Del mismo modo, advierte que la revista no sólo es importante porque en ella aparecieran los artículos, tantas veces citados de Monteggia («Romanticismo», I, 48) y López Soler («Análisis de la cuestión agitada entre románticos y clasicistas», I, 207-214 y 254-259), sino porque entre sus páginas puede observarse un aire renovador y modernizador que dos italianos, Fiorenzo Galli y Luigi Monteggia, y un austriaco, Carlos Ernest Cook, junto a dos catalanes, Buenaventura Carlos Aribau y Ramón López Soler, supieron imprimir a la publicación. Por cierto, la única permitida en la Barcelona de 1823, sitiada por las tropas francesas, tras el trienio liberal, otra cuestión que la autora de la introducción considera relevante y que analiza detenidamente en el segundo apartado, «La génesis», al rastrear los datos externos de *El Europeo* (desde el precio de los números sueltos al de la suscripción anual, hasta los anuncios de su inminente publicación) aunque, por desgracia, Sprague no ha podido encontrar datos sobre los canales de distribución, que probablemente no eran otros que algunas librerías, ni cómo se gestó en verdad la revista. En opinión de Carreras i Candi, al parecer extraída de la *Historia de las Sociedades Secretas* de Vicente de la Fuente, el nombre de la publicación tendría que ver con la masonería, con la logia que fundaron en Barcelona los exiliados italianos, llamada «Sociedad de Regeneración de Europa» o «Sociedad Europea». Sin embargo, la profesora norteamericana ha podido comprobar que tales referencias no se encuentran en el

² «Introducción» p. 19.

libro de De la Fuente, como tampoco hay mención a la revista en otras publicaciones que tratan sobre la masonería en la época.

En los apartados tercero y cuarto, se nos ofrecen noticias sobre los editores de *El Europeo*. Conocíamos bastante bien las que atañen a Aribau y a López Soler, los dos catalanes que tanto contribuyeron a la literatura en lengua castellana. El primero, gracias a sus labores de editor, en especial de la *Biblioteca de Autores Españoles*, junto a Rivadeneira; y el segundo, además de con la introducción y difusión de Walter Scott, con la publicación de *Los bandos de Castilla*, considerada la primera novela histórica del romanticismo español, cuyo prólogo ha sido interpretado como manifiesto romántico. En cambio, ignorábamos casi todo de las vidas del resto. Sorprenden, por ejemplo, las rocambolescas andanzas de algunos de ellos, como las del militar piemontés Galli que, tras tener que exiliarse a consecuencia del fracaso del levantamiento liberal en el que estaba involucrado, aplastado por los austriacos, pasa a combatir en Cataluña con los liberales, se refugia en Barcelona cuando el duque de Angulema entra en España, marcha después a México para trabajar en las minas de plata de Tlalpujahuá, se instala posteriormente en Londres y acaba — quizá no es para menos — loco. Mucho más discreta fue la vida del centroeuropeo, políglota y pedagogo Carlos Ernesto Cook que, antes de trasladarse a Barcelona en 1815, había abierto en Mahón un colegio por el que pasó Mateo Orfila, que sería andando el tiempo un médico famoso, además del no menos famoso músico Carnicer, cuya familia se había refugiado en la isla huyendo de la francesada.

La segunda parte del estudio introductorio (apartados v-vi y vii) está dedicado a señalar el común denominador del espíritu que mueve a los cinco fundadores y al examen de las aportaciones de cada uno de ellos, ya que existió un reparto por áreas. Cook se especializó en los temas científicos. El inquieto Galli trató de política y temas militares; Monteggia, de literatura, ética y crítica de espectáculos. López Soler se dedicó a la historia y, en especial, a la literatura. De ahí que Paula Sprague haga hincapié en el análisis de sus artículos más importantes. La participación de Aribau fue la de cronista y divulgador de la literatura europea, aspecto que sorprende a quienes ven únicamente en él al autor del futuro poema «La patria» (publicado en *El Vapor* el 24 de agosto de 1833, antes titulado oda «Al patrón», que no era otro que el banquero Remisa para quien trabajaba Aribau), considerado como el

punto de partida de la Renaixença. Anota al respecto la joven hispanista la decepción de Ferrán Soldevila al observar que la palabra *Catalunya* sólo aparece media docena de veces en *El Europeo* y sólo un artículo tiene que ver «con el amor patrio». Así concluye Sprague:

Esta decepción, compartida por un sector de la Renaixença catalana ha ejercido un efecto distorsionador sobre las contribuciones de *El Europeo*, que aun hoy en día condiciona su recepción futura. Al buscar evidencias de un discurso, cuando todavía sus fundamentos estaban a varias décadas de ser formulados, se crearon las arriba mencionadas interpretaciones *antagónicas* que distorsionaron el verdadero alcance cultural de la revista.

Las ansias por encontrar una voz reivindicativa de lo local contribuyó a que se pasara por alto lo más importante e inherente en el espíritu de la revista: el internacionalismo, como muy bien expresaron en el «*Prospecto*»: «[...] nacidos en diversos países y arrojados a esta ciudad por una serie de acontecimientos desagradables, trabamos amistad, admiramos la armonía de nuestras ideas y nos propusimos comunicarlas al público con la franqueza de hombres libres y amantes del género humano».³

Conectar Cataluña y España con Europa, hacerla partícipe de lo que se respiraba fuera de nuestras fronteras tal vez pudo parecerle a Aribau mucho más importante, e incluso patriótico, que hacer referencia a aspectos de la cultura local. Además, se dio la coyuntura de contar con tres colaboradores provenientes del extranjero que podían ofrecer aportaciones distintas y un punto de vista foráneo sin perder de vista el bien común. No hay que olvidar hasta qué punto en la formación de muchos románticos —pienso por ejemplo en Larra— late el principio dieciochesco de la filantropía.

Finalmente, en el último apartado la profesora norteamericana expone las conclusiones de su estudio del todo relevantes para entender la verdadera importancia de *El Europeo*, una revista que, como indica la autora, «nace en la periferia del debate romántico español y a la vez en la periferia del romanticismo europeo» y, aunque aparece citada en todos los estudios sobre el movimiento romántico español, no ha dejado de ser considerada «tradicionalista». Para Sprague la importancia de *El Europeo* va más allá de lo que ella misma considera prejuicios ide-

³ «Introducción» p. 63

ológicos interpretativos y sirve a su vez para plantear otro enfoque distinto del romanticismo español.

Acompañan a esta edición facsimilar unos importantes apéndices que completan el estudio. Desde el análisis bibliográfico a las anotaciones a artículos que las necesitan, pasando por las referencias de edición de los artículos que *El Europeo* reproduce, a los índices y bibliografía. Todo ello abunda en la constatación del buen hacer de Paula Sprague.

Carme Riera